

En la Junta Pública del día 11 de enero de 2011 tomó posesión de su plaza de Número el Académico Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén, que fue contestado en nombre de la Corporación por la Excm. Sra. D^a. Adela Cortina Orts. El extracto de su Discurso es el siguiente:

LA CUESTIÓN DEL VALOR

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén

La muestra de diligencia y amistad que habéis tenido conmigo al elegirme compañero vuestro en las tareas de esta Real Academia, me coloca ahora en un trance intelectual y emocionalmente difícil. He procurado toda mi vida regirme por la máxima que aprendí de mi maestro Pedro Laín Entralgo, que acertó a dividir a los seres humanos en dos grupos de actitud ante la vida en gran parte antagónica, el tipo Narciso y el tipo Pígalión. La primera actitud es la de quienes, como el Narciso de la mitología griega, al contemplar su propia imagen replican satisfechos: “Merezco todo lo que tengo”, a diferencia del rey chipriota Pígalión, que ante la presencia de eso que más adelante llamaré un valor intrínseco, en este caso la belleza, pidió a los dioses poderla gozar en plenitud, y agradecido exclamó “Tengo más de lo que merezco”. Personalmente tiendo a identificarme más con este segundo modo de ser, lo que me hace sensible a los dones que recibo sin merecimiento propio, y ante los que no me cabe sino el sentimiento para mí más admirado, la gratitud, y la palabra quizá más profunda que un ser humano puede pronunciar: gracias. Gracias a todos ustedes, gracias a la Academia. Y como gratitud obliga, haré lo posible por corresponder a la confianza, merecida o no, eso ya no importa, que habéis depositado en mí.

Es costumbre en estos actos de toma de posesión glosar la figura de aquel a quien tenemos el honor de suceder, por lo general fallecido en fechas aún no lejanas. No es el caso de don Gregorio Peces-Barba Martínez, que para contento de todos sigue en plena actividad vital y científica. Gregorio Peces-Barba ingresó en esta Real Academia el 19 de abril de 1993, con un discurso titulado *Ética pública y derecho*. En él formuló de modo preciso lo que constituye el núcleo de su concepción filosófica del derecho, generalmente conocida con el nombre de “teoría dual” o doctrina dualista de los derechos fundamentales. Los elementos que constituyen

esa dualidad son la ética y el derecho. El Derecho busca positivizar y operativizar las pretensiones básicas de la humanidad, constituidas por los valores de dignidad humana, libertad, igualdad, solidaridad y seguridad jurídica. Para Peces-Barba, estos valores han estado siempre presentes en una u otra forma en la historia de la cultura, y constituyen algo así como las pretensiones morales universales de la especie humana, si bien su expresión clara no se producirá hasta la época moderna. Su expresión jurídica son los Derechos humanos o Derechos fundamentales, que de ese modo se constituyen en lo que Peces-Barba llama la “ética pública”. Ni que decir tiene que este sistema de derechos fundamentales resulta esencial para que los seres humanos puedan luego, privadamente, llevar a cabo sus proyectos de virtud y felicidad, que el derecho no prescribe positivamente sino que sólo protege de modo negativo, evitando que se impida a cada persona llevarlo a cabo según su personal sistema de valores.

Basta esta breve exposición para advertir la importancia de los planteamientos del profesor Peces-Barba en la búsqueda de una salida al conflicto secular entre iusnaturalismo y iuspositivismo. Si es la salida correcta o no, no soy yo la persona adecuada para juzgarlo. Me basta con señalar que su fundamento es la idea de valor, más en concreto la de valor moral, término éste que en la obra de Peces-Barba tiene carácter recurrente, si bien no suele ser objeto de análisis detallado. En cualquier caso, si el Derecho busca su legitimidad en algo anterior a él mismo y ese algo son los valores, al menos aquellos que Peces-Barba llama “valores superiores”, entonces es claro que la reflexión sobre el valor es de capital importancia para la propia ciencia jurídica. Surge así el problema de qué es un valor, o qué son los valores. Sólo después cabe plantearse si hay valores superiores y cuáles pueden ser éstos. ¿Qué son los valores? Es el tema que me propongo analizar a continuación.

LA VALORACIÓN, FENÓMENO BIOLÓGICO

Cuando las cosas son complejas, y no hay duda de que esto del valor lo es, nada mejor que tomarlas desde el principio, único modo de verlas en perspectiva. En el caso de los valores, eso nos obliga a regresar hasta los mismos orígenes de la especie humana. La valoración es en el ser humano una necesidad natural, un fenómeno biológico. Sin valorar, nuestra vida sería imposible. Y ello por razones de estricta supervivencia. Valorar es una necesidad biológica tan primaria como percibir, recordar, imaginar o pensar. Nadie puede vivir sin valorar. De ahí el carácter primario de la noción de valor. Los valores son más básicos o elementales que las normas, las leyes o los principios de acción. Valoramos, porque no podemos no hacerlo. Todo es objeto de estima o de aprecio. La cosa más pequeña, un grano de arena, es objeto de aprecio o desprecio, y por tanto tiene al menos valor económico, es decir, precio.

Partiendo de estos elementales datos, es fácil concluir que la valoración es un proceso mental llevado a cabo por el ser humano en orden al logro de su objetivo biológico y vital, la supervivencia. El sistema nervioso es un órgano de relación con el medio. Embriológicamente procede de la hoja blastodérmica más externa, el ectodermo, lo mismo que la piel, precisamente por su carácter de frontera respecto del medio. Sin sistema nervioso, por ejemplo, el desplazamiento resulta imposible. Los seres vivos que no se desplazan en el espacio, como les sucede a las plantas, no necesitan sistema nervioso. Para desplazarse con éxito es preciso prever el movimiento, saber, por ejemplo, dónde va a poner un animal la pata en el instante posterior, porque en caso contrario el desplazamiento fracasaría irremisiblemente. De ahí que el sistema nervioso de los animales sea una facultad de “pre-visión”. En el ser humano esa previsión adquiere caracteres distintos y muy peculiares, porque la mera previsión se transforma en “pro-yección”. El ser humano se anticipa a los acontecimientos no sólo previendo, como los animales, sino proyectando sus acciones. La proyección se diferencia de la mera previsión en que está mediada por ese rasgo peculiar que tienen los seres humanos que llamamos inteligencia, o inteligencia específicamente humana. Desde el punto de vista biológico, la inteligencia es una facultad de proyección.

Pero la inteligencia humana es un rasgo fenotípico muy singular. Ello se debe a que con él la “adaptación *al* medio” propia de toda la evolución biológica, se transforma en “adaptación *del* medio”. Esto significa que el ser humano, para sobrevivir, tiene que modificar el medio en beneficio propio, es decir, tiene que humanizarlo. Esto es lo que llamamos cultura. La función de la inteligencia es proyectiva, sirve para proyectar y llevar a cabo la modificación del medio. Y ese proyecto tiene necesariamente un momento de valoración. Proyectamos aquello que puede mejorar nuestra vida, es decir, que puede añadirla valor. Sin eso no habría proyecto. De hecho, la realización del proyecto no tiene otro objeto que el de añadir valor a las cosas. La cultura es ese depósito de valor. De ahí que, según Zubiri, el ser humano no se halle “ajustado” al medio, como el animal, sino que tiene que hacer, a través del proyecto, su propio ajustamiento. Es decir, tiene que “justificarse”. Por eso, concluye Zubiri, el ser humano no es una realidad “natural” sino “moral”.

LOS VALORES, REALIDADES OBJETIVAS

Una cualidad tan primaria de los seres humanos es natural que haya interesado siempre a la filosofía, desde sus mismos orígenes. Y, en efecto, el tema del valor se halla ya ampliamente desarrollado en la filosofía griega. Basta recordar a Platón. En él se encuentran las claves de lo que ha sido la primera interpretación filosófica de la teoría del valor, aquella que ha gozado de mayor vigencia histórica y que cabe denominar teoría objetivista. El mundo de las ideas puras es también el de los valores puros, la verdad, la justicia, la belleza. Platón los concibe como rea-

lidades arquetípicas, de las que participan las cosas sensibles en medida mayor o menor. Él piensa que todos hemos pasado en otro tiempo por lo que llama la “llanura de la verdad”, época en la que pudimos ver los valores puros, de modo que ahora podemos reconocer en las cosas de este mundo cuáles son los valores positivos y cuáles los negativos. Para él los valores puros son más reales que las propias cosas que vemos y tocamos, ya que son su matriz o paradigma. Los valores, por tanto, son las realidades por antonomasia, de modo que éstas de aquí tienen la condición de imitaciones imperfectas, casi de meras sombras. De lo que derivaron importantes consecuencias. La de mayor trascendencia práctica fue, sin duda, la negación de cualquier forma de pluralismo axiológico. Hay unos valores que son los verdaderos, los objetivos, y todos los otros se deben a errores o desviaciones de los seres humanos. De ahí la importancia de que gobiernen aquellas personas que ven con mayor claridad el mundo de los valores puros, como deben de ser los filósofos. Este es el origen de la teoría platónica del rey-filósofo. En tanto que filósofo, él es quien verá más claramente qué valores son los auténticos, y en su condición de rey o gobernante tiene el deber de imponérselos a los demás, incluso por la fuerza. Adviértase que como los valores son aprehendidos por vía intelectual, dado que se interpretan como ideas, cabe siempre la posibilidad de que las personas tengan un defecto en su inteligencia, congénito o adquirido, que les incapacite para percibir correctamente esos valores o ideas. Es lo que cabe llamar la patología del valor, que en toda la tradición clásica se consideró que debía tratarse como cualquier otra patología, es decir, buscando el bien del individuo, incluso en contra de su voluntad o utilizando la fuerza.

LOS VALORES, CUALIDADES SUBJETIVAS

Esa teoría objetivista del valor entró en crisis con la irrupción de la modernidad. Poco a poco fue cobrando fuerza la tesis opuesta a la descrita. Frente al objetivismo del valor, se impuso el puro subjetivismo, y frente al monismo axiológico, el pluralismo. Es el segundo paradigma. Para él, los valores son emociones que luego formulamos en forma de juicios, lo que los hace parecer perfectamente racionales. Pero no lo son. No son racionales sino emocionales. En terminología hoy algo más comprensible cabría decir: el mundo lo gobiernan los valores, no las ideas. Donde nosotros decimos valores Hume y Smith pondrían, sin duda, el término pasiones. Unas pasiones que son básicamente irracionales, de igual modo que las ideas se caracterizan por su racionalidad. Es la segunda gran teoría del valor, que concibe éstos como cualidades subjetivas e irracionales. Lo racional son las ideas. Pero éstas se caracterizan por su poca vivacidad, y por tanto por su falta de fuerza para mover a la acción.

Precisamente porque los valores no son lógicos ni tienen racionalidad interna, el Estado no puede ser beligerante en cuestiones de valor. Es el origen de

la famosa “neutralidad” del Estado liberal en los temas de valor, por ejemplo, en el valor religioso. Donde hay pluralidad de valores, el árbitro tiene que permanecer imparcial. Lo demás resultaría improcedente e injusto; en el fondo, sería volver a las andadas, a las épocas en las que los gobernantes, tanto eclesiásticos como civiles, se consideraban legitimados para imponer sus propios valores a los demás. Frente a la antigua táctica de la imposición, dado que se trataba de realidades objetivas, la nueva de la neutralidad, habida cuenta de su carácter subjetivo.

EL SIGLO XX Y EL CONSTRUCTIVISMO AXIOLÓGICO

El siglo XX ha intentado por todos los medios superar esta dicotomía entre objetivismo y subjetivismo axiológicos, y sobre todo la tesis moderna de que son puramente subjetivos e irracionales, de modo que no cabe deliberar sobre ellos. Si se quiere influir sobre los valores de las personas, lo mejor es no dar argumentos sino suscitar emociones, decía el emotivismo axiológico. Pues bien, la filosofía del siglo XX ha pensado que sí es posible razonar sobre los valores, no sólo sobre el hecho de los valores sino sobre los valores en tanto que tales, y que eso permite ir más allá de la dicotomía clásica entre subjetivismo y objetivismo. Esta tercera postura se caracteriza por ser constructivista. Dialogando es posible compartir valores, de modo que éstos puedan acabar afirmándose como universales. Así, sobre un valor fundamental, la justicia, John Rawls ha mantenido la tesis de que es posible llegar a unos acuerdos racionales sobre qué es lo justo o cuáles son las reglas de la justicia, a través de un proceso intersubjetivo en el que puedan participar todos los seres humanos en condiciones de simetría. Algo similar cabe decir de la propuesta de Habermas y Apel de la comunidad ideal de comunicación como procedimiento para la legitimación de normas. Y las declaraciones universales de derechos humanos no quieren ser otra cosa que una plasmación, bien que muy imperfecta, de este modo de entender la gestión de los valores. No es correcto decir que los Estados han de ser neutrales en cuestiones de valor. Entre otras cosas, porque resulta en la práctica imposible. Lo ha sido siempre. Los Estados están para defender y promover aquellos valores que puedan aceptar quienes vayan a ser afectados por ellos, en un diálogo racional y simétrico sin ningún tipo de coacción. No se trata de imponer los propios valores, como en el modelo antiguo, ni tampoco de conservar una pretendida neutralidad, como en el moderno. Se trata de gestionar esos valores que entre todos se han descubierto y pactado, y permitir la gestión personal y plural de aquellos otros en los que no ha sido posible el acuerdo.

Una fundamentación especialmente consistente y novedosa del constructivismo axiológico se encuentra en la filosofía de mi maestro Xavier Zubiri. Su tesis es que la que llama aprehensión primordial nos actualiza la realidad en su formalidad, que a su vez pone en marcha la actividad del logos, cuya función es construir contenidos mentales en forma de preceptos, fictos, conceptos y juicios. La percepción,

por ejemplo, es un constructor cultural y no algo carente de mediaciones. No ve lo mismo la catedral de León un albañil y un crítico de arte. Pues bien, lo que es la percepción en el orden cognitivo, lo representa la estimación en el emocional. Su correlato noemático son los valores. Y precisamente porque el término de la estimación son los valores, pueden hacerse a partir de ella juicios de valor, es decir, afirmaciones sobre el valor de las cosas. A partir de ellos, la razón esbozará sistemas orgánicos de valores. Ellos son la base de todos los sistemas normativos y morales de la humanidad, y los que configuran el entramado axiológico de todas las culturas.

¿Cabe equiparar constructivismo con relativismo? Pienso que no. El que los valores se construyan no tiene por qué llevar a la conclusión de que son relativos. Y no lo son porque se construyen desde la formalidad de realidad, de tal modo que son reales; son tan reales como una jarra o un vaso. De hecho, la realización de un valor es lo que se denomina, y Zubiri denomina, un “bien”. El bien lo es de la realidad. La realización de valores es el bien.

El resultado de todo este recorrido es que los valores no están intuitivos, ni son completamente objetivos, como afirmó la teoría clásica, pero que tampoco son erráticos y completamente subjetivos, como ha sido frecuente afirmar en la modernidad. Los valores son el resultado de un complejo proceso de construcción por parte del psiquismo humano en y desde la realidad. Esa construcción, lejos de ser arbitraria, obedece a unos criterios y está dotada de una estructura a la que pertenecen como notas fundamentales algunas que ahora es preciso señalar.

CARACTERES ESTRUCTURALES DEL MUNDO DEL VALOR

Una primera es la distinción entre valores intrínsecos e instrumentales. Por valor intrínseco se entiende aquella cualidad que es valiosa por sí misma, no por referencia a ninguna otra, de modo que si desapareciera, aunque todo lo demás permaneciera igual, pensaríamos haber perdido algo importante, es decir, algo valioso. Así definida, se diferencia de la noción de valor instrumental o valor por referencia, en que éste no vale por sí mismo sino por otra cosa o cualidad distinta, que es la que le otorga valor.

Las realidades que se definen por sus valores instrumentales y no por sus valores intrínsecos, tienen dos características: una, que pueden intercambiarse por otras que cumplan mejor su función, y otra, que miden su valor en unidades monetarias. El dinero es la unidad de medida e intercambio de valores instrumentales, pero no de valores intrínsecos o valores por sí mismos. Hay una canción popular española que dice que “el cariño verdadero ni se compra ni se vende.” No se trata de una mera frase. Los valores instrumentales son intercambiables entre sí. Yo puedo sustituir un coche por otro, siempre y cuando me sirva para trasladarme de un lugar

a otro, etc. Ahora bien, los valores intrínsecos no son, en principio, permutables. Las personas, por ejemplo, no son permutables, ya que consideramos que cada una es respetable por sí misma. De ahí la frase de Kant de que las personas “tiene dignidad y no precio.” Y lo mismo cabe decir de la belleza de un cuadro. El precio es medida de intercambio, y los valores intrínsecos no son intercambiables, precisamente porque cada uno tiene valor en y por sí mismo. Esta diferencia fundamental es la que expresó magníficamente el poeta Antonio Machado en los versos que dicen: “Todo necio / confunde valor [intrínseco] y precio [valor instrumental].” Oscar Wilde, por su parte, afirmó que *A cynic is a man who knows the price of everything but the value of nothing.*

Las opciones por los valores intrínsecos o por los instrumentales no son sólo individuales sino también colectivas. Hay sociedades que hacen en ciertos momentos de su historia opción preferencial por el cultivo de los valores intrínsecos, y otras que optan por el desarrollo de valores instrumentales. Aunque dista de haber unanimidad en ello, para lo primero es usual reservar el término de “cultura” y para lo segundo el de “civilización”. En uno de sus primeros escritos, fechado el año 1907, escribió Ortega: “Acaso no haya habido época de las plenamente históricas tan ajena como la nuestra al sentimiento, a la preocupación por la cultura. Hoy nos basta con la civilización, que es cosa muy otra, y nos satisfacemos cuando nos cuentan que hoy se va de Madrid a Soria en menos tiempo que hace un siglo, olvidando que, sólo si vamos hoy a hacer a Soria algo más exacto, más justo o más bello de lo que hicieron nuestros abuelos, será la mayor rapidez del viaje humanamente estimable. Pues habremos de reconocer que la civilización no es más que el conjunto de las técnicas, de los medios con que vamos domeñando este ingente y bravío animal de la naturaleza para intenciones sobrenaturales. Adviértase que no digo sobre-humanas, sino sobrenaturales.” Hay épocas ricas en cultura y pobres en civilización, y viceversa. La catástrofe de la Primera Guerra Mundial fue interpretada por muchos como la consecuencia de una civilización técnica extremadamente poderosa y sin el contrapeso de una gran cultura. Los valores instrumentales habrían vencido a los intrínsecos.

Precisamente porque es la unidad de medida de los valores instrumentales, la racionalidad económica busca siempre optimizar la “eficiencia”, es decir, la razón coste/beneficio, cosa que no sucede en el orden de los valores intrínsecos. Esos valores son importantes aunque no sean eficientes. Y esto permite entender también por qué una civilización como la nuestra, que concede gran relevancia a los valores instrumentales, ha elevado la eficiencia a la categoría de valor fundamental. No deja de ser sorprendente que haya sido la cultura occidental la única que ha concedido a la eficiencia un lugar tan preeminente, y que además esto lo haya hecho en época tan tardía como el siglo XVIII, como consecuencia del auge de la teoría económica. Esta opción por la eficiencia explica también que la economía se haya convertido en el tema fundamental de la teoría política y por tanto de la gestión de la

vida. Ninguna otra cultura había hecho eso antes de la occidental. Esto se debe a su clara opción por los valores instrumentales.

LOS VALORES Y SUS SOPORTES O DEPOSITARIOS

Los valores se realizan, en medida mayor o menor, en las cosas, y por tanto tienen a éstas como “soportes”. Esto significa que las cosas en tanto que “hechos” “soportan” los “valores” o son sus “depositarias.” Así, por ejemplo, un billete de banco es, en tanto que hecho, un papel de cierto tamaño y pintado de una determinada manera. Ese “hecho” “soporta” un valor monetario. El valor del billete no se identifica con el hecho o la cosa. Hasta tal punto es esto así, que puede cambiar el valor sin modificación del hecho, como sucede en las llamadas “devaluaciones” y “revaluaciones” monetarias. Pero como el hecho es el soporte del valor, si hacemos desaparecer el soporte material, el papel que llamamos billete de banco, se esfuma con él su valor económico. Lo mismo sucede con un cuadro o con cualquier otra realidad que soporte cualidades valiosas.

Esta característica del soporte es de gran importancia, porque según sea su realidad, las cosas son soportes adecuados de unos valores u otros. En efecto, todo lo que tiene materia es soporte adecuado de los valores instrumentales o por referencia, o valores de utilidad. Todo lo material es útil o inútil y soporte adecuado de valores económicos. Es el ámbito de los llamados valores materiales o de cosa. Hay otros valores, en cambio, que no los soporta toda realidad material sino sólo aquella dotada de vida, por tanto, los seres vivos. Estos son los llamados no valores materiales o de cosa, sino valores vitales o de ser vivo. Finalmente, hay otros valores para los que sólo es soporte adecuado el ser humano. Son los llamados valores espirituales o de persona, o valores personales.

La ordenación de los valores por razón de su soporte es de tal importancia que se refleja de modo muy claro en el lenguaje. De las personas y de sus acciones decimos que son “dignas” o indignas, pero no de los seres vivos ni personales y menos de las cosas. A los seres vivos cabe aplicarles propiedades como la “nobleza” (por ejemplo, de un caballo), algo que no podemos predicar de las cosas. A éstas, en fin, las calificamos de “útiles” o inútiles. De ahí que a los valores que soportan las personas se les denomine “valores espirituales, culturales o de persona”, a los que soportan los seres vivos “valores vitales”, y a los que soportan las cosas, “valores materiales”. Naturalmente, estas últimas cualidades de valor las soporta todo lo que tiene materia, por tanto también los seres vivos y las personas, pero no constituyen lo propio y definitorio suyo. En cualquier caso, una persona puede ser inútil o desagradable, en tanto que una cosa no puede ser indigna.

DEBER Y VALOR

El hecho de que los seres humanos busquemos transformar la realidad perfectamente, añadiéndola valor, es el objeto de estudio de la ética. Su carácter determinante y específico es el “deber”, algo formalmente distinto del valor, por más que ambos se hallen íntimamente relacionados. Esta relación consiste en que nuestro deber es siempre añadir valor, incrementar el valor de las cosas, es decir, construir los valores, realizarlos, hacerlos realidad. Pero el deber no es un valor sino que consiste en la realización del valor. Una cosa es la axiología y otra la ética.

El deber moral primario de los seres humanos es realizar valores, pero ello no es del todo posible. Esta imposibilidad de realizarlos completamente en la práctica es lo que se denomina técnicamente “conflicto de valores”. Todos los valores pueden colisionar entre sí en situaciones concretas, tanto los de igual rango como los de rango distinto. De ahí que la conflictividad sea una propiedad esencial en ética. Ante un conflicto entre dos o más valores, o de alguno de ellos con las circunstancias concretas del caso, se plantea el problema de qué “debe” hacerse. Esto se refleja perfectamente en el lenguaje común, que designa con el término “conflicto” la dificultad de precisar lo que “debe” hacerse en situaciones concretas en que hay varios valores en juego y no resulta posible realizar todos ellos a la vez. La solución de los conflictos de valor ha de buscarse en la deliberación sobre los valores y sus características, pero teniendo en cuenta las circunstancias de cada caso y las consecuencias previsibles. Esto es lo propio y característico de las que hoy se denominan “éticas de la responsabilidad”.

LO BUENO Y LO ÓPTIMO

La teoría de los valores ha afirmado siempre que el valor propio y característico de la ética es el de “bueno” a diferencia de “malo”. Pero esto, a poco que se lo examine, resulta a todas luces insuficiente, y debe su vigencia a los presupuestos que han venido sesgando la teoría del valor a lo largo de los siglos. El problema viene de que se ha sustantivado el “bien”, poniendo más énfasis en el sustantivo “bien” que en el adjetivo “bueno”. Éste adjetivo designa una propiedad o cualidad de algo, de un sujeto, ya se trate de una cosa o de un acto. La cualidad valiosa se tiene siempre en grado mayor o menor, y por tanto de la cosa que la posee podrá decirse que es “buena”, “mejor” u “óptima”. Lo que significa que en el momento en que el bien pasa de sustancia a cualidad, que además se predica no sólo de cosas sino también de acciones, resulta que lo bueno necesita siempre como referencia lo mejor y lo óptimo. Y como la ética trata de actos, de construir o no construir, de realizar o no realizar, resulta que el deber moral no consiste en la realización de lo simplemente “bueno”, sino que tiene como objetivo la búsqueda de “lo óptimo”. Así planteado el problema, resulta obvio que la ética no trata de lo bueno sino de lo

mejor, de lo óptimo. Cualquier decisión distinta de la óptima es moralmente mala. Si nuestro deber es realizar valores, realizarlos lo máximo posible y en el menor tiempo, entonces es claro que la ética no trata de lo bueno sino de lo óptimo. Nuestro deber es ejecutar lo óptimo, y eso es lo “bueno”.

UN PROGRAMA PARA EL SIGLO XXI

¿Cabe extraer algunas conclusiones prácticas de los anteriores planteamientos? Pienso que sí, y que además estas conclusiones pueden y deben tener gran relevancia en los programas formativos de nuestras escuelas, colegios y universidades.

La formación ha tenido siempre por objeto transmitir a las nuevas generaciones valores. El problema es qué valores son los que ha intentado transmitir y cómo lo ha hecho. Sorprende que un tema tan importante haya recibido tan poca atención por parte de los especialistas. Tres concepciones diferentes de los valores, las tres que hemos descrito anteriormente, han dado lugar a tres modos distintos de formación en los valores. De estas tres, dos son las que se han llevado la parte del león en la historia de la cultura occidental. El objetivismo axiológico ha promovido un modo específico de educar en valores típicamente adoctrinador o doctrinario; es lo que llamaré el “adoctrinamiento en valores”. La segunda concepción de los valores, la subjetivista, ha generado un modelo que, utilizando una expresión hace décadas muy reconocida en el mundo anglosajón, cabe denominar “clarificación de valores”. Frente a ellas, pienso que es necesario propugnar y desarrollar un tercer modo de formar en valores que, por razones a estas alturas obvias, propongo denominar “construcción de valores”. Pueden parecer diferencias puramente nominales, o de mero matiz, pero como veremos inmediatamente llevan a procesos formativos radicalmente distintos.

EL ADOCTRINAMIENTO EN VALORES

El adoctrinamiento o la indoctrinación es un modo de educar a las personas, sin duda el más clásico y de mayor vigencia en los anales de la pedagogía, al menos en la cultura occidental. Educar proviene del verbo latino *duco*, que significa conducir. La educación ha sido por ello un proceso unidireccional desde el educador o elemento docente, al educado o polo discente. *Doceo* y *disco* son verbos emparentados en latín, hasta el punto de que el participio de *disco* es *doctus*, y de *doceo* es *doctum*. Y si bien no es segura la etimología de *discipulus*, los antiguos no la separaron de *doceo*. Del discípulo se espera que asuma aquello que se le enseña, es decir, que sea *docilis*, otro término emparentado con los anteriores. Y lo transmitido es la *doctrina*. Al que posee ese saber se llama *doctus*, y a quien lo imparte, *doctor*. Finalmente, el texto en que se fija y pervive la doctrina, recibe el nombre de *documentum*.

Basta repasar estos breves datos lingüísticos para darse cuenta de que la transmisión de los valores se entendió en el modelo clásico como un proceso unidireccional, que de una fuente emisora, el docto, el maestro, pasaba al receptor, el indocto, el discípulo. Eso que pasaba era un depósito fijo e inamovible, la llamada doctrina. Los valores constituían un depósito objetivo que era preciso transmitir de una generación a otra. No se trataba de discutir, ni incluso de entender sino de creer en ellos y asumirlos dócilmente. De ahí que la educación se entendiera como adoctrinamiento o indoctrinación.

LA CLARIFICACIÓN DE VALORES

Si el adoctrinamiento es la consecuencia práctica a la que llevó la teoría intuicionista y objetivista de los valores, su alternativa moderna, la doctrina emotivista y subjetivista ha tenido otra de no menor relevancia práctica ni de mejores consecuencias. Hemos pasado de la actitud aguerrida, belicista, que expresa magníficamente el término beligerancia, a la opuesta, la de tolerancia o respetuosa neutralidad. Es el famoso tema de la neutralidad axiológica, que se introdujo en la cultura occidental de la mano de la aceptación del pluralismo. Frente a beligerancia, neutralidad; tal fue la consiga.

Esta consigna tuvo varios modos distintos de expresión. Uno fue el político. El Estado liberal necesitaba ser neutral en cuestiones de valor, dado que sólo de ese modo podía estar al servicio de todos sin inclinarse u optar por ninguno. Otra expresión de esta teoría fue el principio de neutralidad axiológica que se hizo tópico en disciplinas como la psicoterapia, y que desde ahí paso a la pedagogía con el nombre de “clarificación de valores”. Esa neutralidad se intenta justificar moralmente apelando a la categoría de respeto, en este caso respecto de la pluralidad, de la diferencia, y por tanto de los valores de cada cuál. Pero la pregunta es si el respeto que debemos a los demás y a nosotros mismos genera en nosotros una obligación meramente pasiva, la de no interferir en la vida y los valores de quienes no piensan como nosotros, o si por el contrario nos obliga de forma activa a trabajar para que nuestros valores y los de los demás sean los mejores posibles, o al menos que en su diversidad no pierdan nunca su condición de razonables, prudentes o sabios. En la gestión de los valores no podemos ser beligerantes, pero tampoco neutrales. La tragedia de nuestra sociedad en general, y de su educación en particular, es que oscila siempre entre la neutralidad de los pasivos y la beligerancia de los activos.

LA CONSTRUCCIÓN DE VALORES

La solución tiene que venir por una vía distinta a las dos expuestas. Los valores no son completamente objetivos y racionales, pero tampoco son del todo

subjetivos e irracionales. Más que adoctrinar de modo beligerante o clarificar preservando la neutralidad en las cuestiones de valor, lo que hemos de hacer es involucrar a las personas en los procesos de construcción activa de los valores. En este campo es preciso ser proactivos. Todos tenemos que buscar los mejores valores para nosotros mismos y para la colectividad. En el caso de los valores individuales, ello deberemos hacerlo deliberando con nosotros mismos, y en el de los valores colectivos, deliberando con quienes vayan a resultar afectados por ellos. Aquí cobran toda su fuerza los procedimientos propios de la ética del discurso, tan bien analizados y descritos por Adela Cortina. Los valores se construyen, y por eso tienen que ser el objeto de nuestra actividad, tanto individual como colectiva. La construcción de valores es el objetivo fundamental de toda vida que merezca el calificativo de específicamente humana.

De ahí la importancia de la deliberación moral. Y de ahí también que la deliberación deba de ser el objetivo de todo el proceso formativo, desde la más tierna infancia hasta sus grados más altos. De lo que se trata es de crear personalidades deliberativas, que son las opuestas de aquellas que buscan el éxito personal, el triunfo a toda costa, caiga quien caiga, la imposición del propio criterio por encima de todo, el ganar la batalla y salir victorioso en la vida, entendida como una lucha sin cuartel por la propia supervivencia. Desdichadamente, nuestro actual sistema educativo tiende más a formar en esto último que en la deliberación. A este tema vengo dedicando desde hace bastantes años la mayor parte de mi tiempo y lo menos malo de mi actividad. Formulado en sus líneas fundamentales por Aristóteles, el tema de la deliberación sigue resultando hoy algo tan novedoso como entonces. Es nuestra gran asignatura pendiente.

Sólo las personas autónomas pueden deliberar. Las demás, las heterónomas, actúan por criterios distintos, la comodidad, la conveniencia, los usos, las costumbres, los mandatos de la ley, o de las autoridades, o de la propia religión. La deliberación exige autonomía. Y sólo las personas verdaderamente autónomas, las responsables, pueden ser útiles en la construcción del mundo de los valores y en la búsqueda de su realización. Por eso educar en la construcción de los valores ha de pasar necesariamente por la educación en la autonomía. Las personas no autónomas, las heterónomas, actuarán siempre al arrimo del sol que más caliente, y por tanto unas veces construirán y otras muchas destruirán. Ése es, quizá, nuestro máximo mal, nuestra mayor tragedia, que hoy los valores se construyen y se destruyen al dictado de consignas que al final nadie sabe de dónde vienen, porque son rigurosamente impersonales, anónimas. Es lo que Hannah Arendt ha llamado, en frase espléndida, “la banalidad del mal”. Vivimos en el reino de la pura heteronomía, de lo que Heidegger denominaba las “habladurías”. Y lo peor es que así es como educamos a nuestros jóvenes.

En resumen. Valorar es un fenómeno universal en la especie humana. Pero cuando se mira atrás para ver cómo han valorado, y sobre todo cómo han educado

en los valores los seres humanos, el resultado es decepcionante; yo diría más, sobrecogedor, catastrófico. En este campo casi todo está por hacer. Ya no son de recibo las recetas clásicas de la beligerancia y la indiferencia. Pero nos cuesta elaborar otras nuevas. No se trata de imponer, ni de respetar, tampoco de promover sino de construir. Se promueve aquello que ya se tiene y que sólo necesita llevarse adelante. No es éste el caso de los valores. Cada ser humano tiene que implicarse activamente en la construcción del mundo de los valores. Sin él, ese mundo habrá perdido algo irremediable e irremisible. Sin Velázquez, la belleza habría perdido unas cualidades estéticas que él sólo podía aportar. Cobra aquí todo su sentido aquella espléndida frase de Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*, de que cada ser humano es “un punto de vista sobre el universo.” Todos somos necesarios, todos imprescindibles. Lo que nos toca hacer a nosotros no lo podrá hacer nadie más. De ahí que, por mucho que todos estemos convencidos de que un mundo en el que los valores se encuentren plenamente realizados nunca se logrará, todos nos sentimos en la obligación de hacer lo que esté en nuestras manos para que eso no suceda. Como gustaba de repetir Julián Marías, todos tenemos que cumplir al menos con el imperativo moral que cada uno llevamos dentro y que nos obliga a decir: “por mí, que no quede”. No es mucho, pero sí lo humanamente exigible. Actuando así, viviendo así, al menos tendremos el consuelo de haber vivido y actuado conforme al criterio que rigió la vida de aquel a quien se llamó, y no por azar, Caballero de la Triste Figura y por el que quiso ser recordado. Este criterio, en palabras de Cervantes, dice simplemente esto: “que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas”.